

Memorias y representación. Sobre la elaboración del genocidio. Daniel Feierstein, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2012, 209 págs.

Pablo Dema

Unviersidad Nacional de Río Cuarto



La obra y la carrera académica de Daniel Feierstein atestiguan la existencia y el vigor creciente del campo de estudios sobre la memoria. Este ámbito de trabajo surgió en los años posteriores a la Segunda Guerra mundial, tiempo en el que la reconstrucción de las ciudades devastadas coincidió con el inicio de la posibilidad de vislumbrar la magnitud y la singularidad de las acciones que llevaron a la muerte a millones de personas, en su gran mayoría miembros de la sociedad civil. De los intentos por comprender y caracterizar estos hechos surgió el concepto de genocidio, creado por Raphael Lemkin, y una aparato teórico que no cesa de crecer y complejizarse integrando trabajos

de distintas disciplinas y retomando, entre muchos otros, los trabajos pioneros sobre los marcos sociales de la memoria de Maurice Halbwachs. Como parte de este movimiento, se crearon en todo el mundo occidental centros de estudios sobre los efectos de la violencia política, espacios de la memoria y cátedras dedicada específicamente al estudio de estos fenómenos. De una de esas cátedras, la de *Análisis de las prácticas sociales genocidas*, es profesor titular en la UBA Daniel Feierstein, quien además es investigador de CONICET, ámbitos en los cuales ha producido varios trabajos sobre la materia de su especialidad, algunos de los cuales están plasmados en *Seis estudios sobre el genocidio* (2000), *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina* (2007) y *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina* (2009).

Su último libro publicado en 2012 es el primero de una trilogía que el autor está escribiendo sobre el tema del genocidio, centrándose especialmente en el caso argentino. En el primer volumen el tema es las memorias y las representaciones del horror. En el segundo trabajará el tema del juicio, primero desde una perspectiva filosófica y luego centrándose en la materialidad de los procesos judiciales argentinos. En el último libro de la trilogía abordará la cuestión de los distintos niveles de responsabilidad, siguiendo en este punto la senda abierta por Karl Jaspers para el caso alemán.

En este primer volumen de la trilogía, Feierstein parte de una constatación que se presenta problemática: el tema de la memoria interesa a estudiosos de distintas disciplinas pero entre éstas no se establecen relaciones significativas. La neurología, el psicoanálisis, la filosofía, la estética, la historia y la sociología son algunas de las áreas que hay generado importantes trabajos sobre distintos aspectos de la memoria. Si bien no parece factible realizar un trabajo de articulación total, es posible, señala Feierstein generar *algunos entrecruzamientos* con el objetivo de darle mayor solidez a las hipótesis generales que sostienen el conjunto de la trilogía. Así, aunque se trata de la obra de un sociólogo, el libro queda definido como una tentativa de *ejercicio interdisciplinario*.

La estructura del libro plasma un recorrido teórico que parte de la consideración de la memoria como *función biológica* (Cap. I), continúa con la descripción psicoanalítica del trabajo de elaboración del trauma (Cap. II), pasa luego a los debates entre filosofía e historia acerca de la transmisión de la memoria colectiva (Cap. III) y sigue con una presentación de las ventajas y desventajas de la utilización de distintas categorías para caracterizar los procesos de violencia política y sus repercusiones sobre las identidades sociales (Cap. IV). El libro finaliza con un anexo en el que el autor busca precisar los alcances del concepto de *realización simbólica de las prácticas genocidas*.

En el primer capítulo Feierstein plantea que ha sido un error de los científicos sociales no contemplar en los estudios sobre la memoria los avances de las neurociencias. Tomando en consideración los aportes de neurólogos como Gerald Edelman y su teoría del *darwinismo neuronal* se pueden comprender mejor las relaciones entre los sistemas consciente e inconsciente, los modos de pasaje de la memoria de corto plazo a la memoria de largo plazo, los procesos de consolidación o reconsolidación de la memoria y los efectos desensibilizadores del terror. Este último concepto ha sido desarrollado por Eric Kandel, quien lo define como la respuesta al sometimiento permanente a un estímulo doloroso, ante el cual no hay posibilidad de acción (inviabilidad de la huida o la confrontación). Estos aportes resultan compatibles, entre otros, con las investigaciones previas acerca de la inhibición de la acción del sistema nervioso realizadas por Henri Laborit, con la obra de neurólogos que siguen trabajando en la misma línea como Israel Rosenfield y con las hipótesis de la psicología genética de Jean Piaget. En conjunto, funcionan como una base teórica sólida para dilucidar los efectos de las políticas represivas ejercidas sobre la población.

En cuanto al modo de concebir a la memoria, las neurociencias desechan la idea de que haya un sustrato físico para los recuerdos, dejando de lado antiguas representaciones de la

memoria como un lugar en el que se almacena parte del pasado o una superficie en la que la experiencia se graba o deja una impronta como lo haría un sello sobre una superficie de cera. Para las neurociencias los procesos de memoria surgen como la posibilidad de construir un presente recordado, otorgando sentido a la articulación de eventos pasados con las respuestas que resultan más efectivas. Así, en palabras de Edelman, la memoria: “es una forma de recategorización constructiva mientras se produce la experiencia, más que una réplica precisa de una secuencia anterior de eventos” (p. 49). En lugar de la metáfora de la huella, Edelman propone otra: afirma que el trabajo de memoria se parece al ciclo de descongelamiento y formación de los glaciares.

En el segundo capítulo Feierstein se expone sobre la teoría freudiana del funcionamiento de la memoria y el trabajo de elaboración de la experiencia traumática haciendo un esfuerzo por mostrar que muchas de las intuiciones teóricas de Freud sobre el funcionamiento de la conciencia y el inconsciente, el trauma y la represión, entre otras, han sido corroboradas décadas después por las neurociencias, las cuales constituyen la justificación, a nivel del sustrato fisiológico del sistema cerebral, de muchas de las hipótesis del psicoanálisis.

El aporte aquí pasa por mostrar el carácter social que tiene el fenómeno traumático padecido por un individuo: “el trauma se produce y se renueva en tanto experiencia histórico-social. El sujeto ni vive ni experimenta solo ninguna situación traumática” (p. 76). Este padecimiento en común genera, como cotrapartida, estrategias de supervivencia que consisten en acuerdos colectivos inconscientes para excluir toda referencia al suceso traumático. Este *pacto denegativo* sumado a la *desensibilización* conduce a lo que Feierstein denomina *ideologías del sin sentido*, entendidas como la renuncia a toda búsqueda de estructuración de la propia identidad y articulada algunas veces con el cinismo, el nihilismo o la burla. Esta ideología es un momento superior en el proceso de represión que busca instalar en la conciencia el pacto denegativo. “Ante el arrasamiento identitario -señala Feierstein- la ideología del sinsentido permite una reconstrucción de la coherencia al postular la inexistencia de la propia identidad, el sinsentido del pasado reproducido en un sinsentido del presente”. El encadenamiento de la desensibilización con el pacto denegativo y las ideologías del sinsentido tiene una extraordinaria capacidad heurística y se vuelve un elemento significativo para comprender los discursos dominantes en Argentina durante la década de 1990, incluso los intelectualmente más sofisticados. En efecto, en el campo literario, por ejemplo, el cinismo, la burla y la frivolidad se constituyeron en rasgos positivos a la hora de evaluar la obra de algunos autores que accedieron al canon en esa década.

En el tercer capítulo ya estamos inmersos en el problema de la memoria como hecho social. Aquí Feierstein retoma los aportes de filósofos y sociólogos que han debatido sobre los

mecanismos para mantener viva la memoria de los genocidios. Parte de los estudios sobre la acción y la conciencia de Bergson, retoma los aportes de Durkheim y Halbwachs (el concepto de memoria colectiva) y los más recientes de Jan Assman (el concepto de memoria cultural que posibilita la transmisión intergeneracional). Luego reactualiza el debate entre historia-memoria revisando los aportes de autores como Hayden White y Paul Ricoeur. De este último destaca especialmente la importancia del concepto de identidad narrativa, el cual pone el énfasis en la articulación de un sentido y una coherencia que establece una continuidad a lo largo del tiempo antes que el ajuste a lo efectivamente acontecido en el pasado.

Con esta base teórica, Feierstein puede, en el cuarto capítulo, defender una posición propia y polémica con respecto a la dictadura y el caso argentino. “En la discusión sobre los conceptos con los que narrar la experiencia -afirma- éstos deben ser comprendidos, analizados y/o criticados básicamente en función de su capacidad de producir distintas consecuencias, sentidos, y apropiaciones en los *trabajos de elaboración* de la experiencia y en sus modos de articulación en la reconfiguración de identidades” (p. 130). Concretamente, la discusión acerca de si en Argentina hubo una *guerra sucia* o un genocidio no puede zanjarse sólo con la demostración fáctica (cantidad de *bajas*, armamento usado por los bandos en pugna, prisioneros, etc.) sino a partir de un análisis más profundo cuya cuestión fundamental pasa a ser qué efectos produce el uso de una u otra conceptualización y cada modelo de representación en los posibles trabajos de elaboración. En ese debate, Feierstein defiende que para el caso argentino lo más indicado es sostener, frente a las posturas que hablan de *guerra* (enfrentamiento de dos bandos) y las que se refieren a los *crímenes contra la humanidad cometidos por un Estado terrorista* (el Estado vulnera derechos de individuos agrupados), hablar de *genocidio* (el ejercicio de una violencia sistemática dirigida al conjunto de la población nacional). “Al observar el proceso como destrucción del grupo nacional argentino – nos dice- se logra involucrar en la afectación a la población argentina como tal, ya no en tanto individuos sino en tanto miembros de una colectividad, la cual se encuentra afectada por el aniquilamiento y el terror implementados” (p. 154).

Feierstein defiende las ventajas y la tremenda potencia de este modelo narrativo: “la idea de que lo que se buscó destruir fue el *propio* grupo permite sentir la ausencia del otro como ausencia de una parte de sí (de mí, de nosotros) y desalinear la separación entre *víctimas directas* y *sociedad*” (p. 154). Así se sustituye la *empatía* hacia los desaparecidos –propia del discurso liberal característico de la visión del Estado terrorista- por la *identificación* que los vuelve parte de lo propio.

Ahora bien, un aporte fundamental de Feierstein es la idea de que un genocidio acontece

en varias etapas, una de las cuales es la que sucede luego de la perpetración de los crímenes contra la población. “Para generar los efectos de destrucción de relaciones sociales que se buscan por medio del aniquilamiento y desaparición material de determinados cuerpos se requiere que dicha práctica (la práctica social genocida) se “realice” a través del procedimiento simbólico de su representación” (p. 180). En otros términos, el genocidio se realiza en un aspecto material y, posteriormente, en un aspecto simbólico, se *escribe la historia* del genocidio desde la perspectiva de los vencedores usando para nombrar la matanza eufemismos distorsivos como guerra contra la invasión comunista, erradicación de la subversión apátrida o cualquier otro. La tarea que nos queda, afirma Feierstein, animado por la mirada de Walter Benjamin, es producir una narrativa que sea la más conveniente para las víctimas y que haga posible la transmisión intergeneracional. A este trabajo Feierstein le llama, retomando el lenguaje del psicoanálisis acuñado en torno a la idea de trauma, *elaboración simbólica* del genocidio. Contra una fuerza genocida que busca realizarse por completo al desaparecer también simbólicamente lo que antes fue destruido materialmente, la *elaboración* tiende a restablecer la identidad de las víctimas y a revalorizar el sistema de relaciones sociales y valores que fue destruido.

Es importante destacar que la *realización simbólica* del genocidio no la lleva a cabo (o no solamente) el grupo que lo perpetró materialmente sino la generación posterior, privada de la posibilidad de establecer una relación positiva con sus antecesores victimizados y permeados por las ideologías del sin sentido. Por eso, la compleja tarea del cientista social, del artista y de la sociedad en general es identificar mecanismos de realización simbólica de las prácticas sociales genocidas para interpelar, dice Feierstein, *nuestras propias* memorias, “para sacudir y poner en cuestión las innumerables trazas del terror, en un trabajo que debe llevar a cabo una constante crítica del sentido común y de los modos hegemónicos y cosificados de construcción de la memoria” (p.186).

Miembro de la generación posterior a la de los protagonistas de las luchas políticas de la década de 1970, Feierstein es un intelectual que prueba la existencia en Argentina de un profundo debate intra e intergeneracional. Lo atestigua la nómina de miembros de organizaciones de derechos humanos, juristas y una amplia comunidad científica a la que le muestra gratitud en el inicio de la obra y una atención permanente a sus posturas a lo largo de todo del libro.

Recibido - 5 de noviembre de 2012
Aceptado - 27 de febrero de 2013

ISSN: 2314-2987